

Encuentro entre literatura y vida: una mirada desde Paul Ricœur

Prada, Manuel Alejandro (Universidad Pedagógica Nacional – Colombia)

El trabajo hermenéutico de Paul Ricœur recorre, entre otros caminos, el problema del texto y su lectura, como consta en varios de sus trabajos, desde los más tempranos (p. ej. *El conflicto de las interpretaciones* o *La metáfora viva*), pasando por su monumental *Tiempo y narración*, hasta llegar a *Sí mismo como otro*. No obstante la diferencia entre los abordajes, los intereses de las discusiones y los tipos de textos analizados (metafóricos, bíblicos, narrativos históricos, ficciones), podrían identificarse algunos presupuestos hermenéuticos de la lectura, aunque aquí nos referimos especialmente al texto narrativo:

1. El texto proyecta delante de él un mundo posible, como lugar de acogida en el que yo podría atenerme y donde podría habitar. El lector puede apropiarse del mundo del texto, ante el texto mismo y ante su propia manera de ser en el mundo.
2. El lector es quien refiere el mundo. Es el personaje que pone en intersección el mundo del texto con su mundo.
3. La interpretación de un texto que se pone al frente como mundo de posibilidades al cual accede un intérprete, es necesariamente interpretación y *comprensión de uno mismo*.

Cabe decir, a este respecto, que la propuesta ricœuriana es una renuncia a la idea de un sujeto autofundante, tal como fue concebido por la Modernidad. En este sentido, la noción de sí-mismo, a la que apunta el título ‘interpretación de *si*’ no puede equipararse con la de *cogito*. Por el contrario, el carácter de autofundación del sujeto heredado de la Modernidad abre paso a la idea de que toda comprensión de sí debe pasar por el rodeo en torno a los textos y, en últimas, por la consideración de la alteridad como constitutiva de la identidad personal.

De otro lado, la primacía de la subjetividad se ve cuestionada cuando se toma como ‘eje hermenéutico’ la teoría del texto, pues el fundamento de la interpretación no está en el ámbito de la conciencia en relación consigo misma, sino en el ámbito del mundo que es abierto por los textos. Así las cosas, la subjetividad se pierde como origen y se convierte en el punto de llegada de toda interpretación.

Aunque es cierto que la hermenéutica acaba en la autocomprensión, es necesario rectificar el subjetivismo de esta proposición diciendo que comprenderse es comprenderse *ante* el texto. Por lo tanto, lo que es apropiación desde un punto de vista es desapropiación desde otro. Aquello de lo que nos apropiamos es la cosa del texto. Pero ésta sólo se convierte en algo mío si me desapropio de mí mismo para dejar que sea la cosa del texto. Entonces cambio el *yo, dueño* de sí mismo, por el *sí mismo, discípulo* del texto (DTA., 53).

Para comenzar con el seguimiento de la argumentación ricœuriana, habrá que mostrar que la subjetividad comprendida narrativamente, parte de asumir que la identidad de un *personaje* (real o de ficción) se constituye en unión íntima con la identidad de la *trama*. El proceso va desde la trama hacia el personaje. Pero, ¿qué es construir una trama? Es *poner en intriga*. Ricœur traduce la palabra griega *mythos* por “puesta en intriga”, y observa que ella reviste “un carácter de *germen* de un desarrollo considerable (...) que afrontará las tentativas para otorgar a la noción de ‘mise en intrigue’ una extensión más amplia y una

comprensión más fundamental que la del *mythos* aristotélico, tributario de la interpretación de la tragedia griega” (*TR II*, 230).

El entramado de la acción consiste, básicamente, en la síntesis de dos elementos heterogéneos: concordancias y discordancias.

Por concordancia entiendo el principio de orden que vela por lo que Aristóteles llama ‘disposición de los hechos’. Por discordancia entiendo los trastocamientos de fortuna que hacen de la trama una transformación regulada, desde una situación inicial hasta otra terminal. Aplico el término de *configuración* a este arte de la composición que media entre concordancia y discordancia (*SO*, 139-140).

Para concebir narrativamente la identidad del sí-mismo es necesario pasar de la configuración de acciones a la adscripción de acciones a personajes. Se distingue una correlación muy estrecha (casi subordinada) entre personaje y acción: “Es en la historia narrada, con sus características de unidad, de articulación interna y de totalidad, conferidos por la operación de construcción de la trama, donde el personaje conserva, a lo largo de toda la historia, una identidad correlativa a la de la historia misma” (*SO*, 142).

Terminada la primera parte de la exposición sobre la identidad del personaje y de la trama, concluye Ricœur que es en el relato donde se puede atribuir el qué de la acción a un quién, y más aún, desarrollarse otro tipo de interrogantes como el *¿por qué?* y el *¿cómo?* de las acciones mismas.

Queda plantear el paso que da Ricœur de las consideraciones sobre la *identidad narrativa* a la literatura, pues, aparentemente, pareciera que una y otra están en ámbitos diversos. El carácter ficcional de la literatura –más específicamente: de la novela– no puede ubicarse en un extremo contrario a *la* realidad. Ciertamente una y otra [historia y ficción] tienen diferencias –que no es posible abordar en este escrito– en cuanto las escrituras, los auditorios a quienes pueden estar dirigidas, las pretensiones epistémicas, etc. No obstante, más que plantear una tajante separación, en términos de una polarización entre realidad y ficción, a Ricœur le interesa mostrar cómo esta última entra en la vida cotidiana de los sujetos gracias al ejercicio mediador de la lectura. Así, la ficción tiene por *tarea* ser “*relevante y transformadora* respecto a la práctica cotidiana; relevante, en el sentido de que presenta aspectos ocultos, pero ya dibujados en el centro de nuestra experiencia de praxis; transformadora, en el sentido de que una vida así examinada es una vida cambiada, otra vida” (*TR III*, 865).

Ahora bien, recordemos que la identidad de un personaje es sometida constantemente en la literatura a *variaciones imaginativas*, las cuales, más que toleradas, son engendradas y buscadas, ya que en ellas accedemos al encuentro entre lo que somos y lo que queremos ser. Por lo tanto, tal como intenta mostrar Ricœur, la ficción entrecruzada con la narración de una vida abre nuevas maneras de ser-en-el-mundo: “ficción y poesía apuntan al ser, pero ya no bajo la modalidad de ser-dado, sino bajo la modalidad de poder-ser”¹.

Así, la entrada del relato en el campo de la ficción se toma tan en serio que se convierte en un problema hacer que la vida y la literatura se reencuentren *mediante la lectura*. Además, la ficción literaria se convierte en un vasto laboratorio de experiencias de pensamiento donde la unión entre el agente y su acción se somete a múltiples variaciones imaginativas.

Empero, ¿cómo volver de los relatos de ficción a la vida real? Podría suponerse que la propuesta acerca de la lectura desarrollada por Ricœur sobre todo en *TR III* ponía de

¹ PRESAS, Mario. “La verdad de la ficción: estudio sobre las últimas obras de Paul Ricœur”. En: *Revista latinoamericana de Filosofía*. XIV (2) 98; p. 227.

manifiesto la superación de la distancia entre el lector y la obra. En una cita aclaratoria, Ricœur hace la comparación entre su objetivo en *TR*, respecto a la presentación de las potencialidades de la lectura, y su planteamiento en *SO*:

La lectura [en *TR III*], lejos de ser una interpretación negligente, es, sobre todo, una lucha entre dos estrategias, la de la seducción llevada por el autor bajo la forma de un narrador más o menos fiable (...) y la estrategia de sospecha dirigida por el lector vigilante, el cual no ignora que es él el que lleva el texto a la significación gracias a sus lagunas calculadas o no. A estas observaciones de *Tiempo y narración*, añadiré hoy que la condición de posibilidad de la aplicación de la literatura a la vida descansa, en cuanto a la dialéctica del personaje, en el problema de la *identificación-con* (*SO*, 161, nota 25).

Pero es justamente en el acto de leer donde surgen obstáculos en el trayecto de retorno de la ficción a la vida. En *SO* Ricœur menciona algunas dificultades:

1. *Equivocidad en la noción de autor.* Cuando yo me interpreto en los términos de un relato de vida, soy sin duda narrador y personaje, pero no autor, sino a lo sumo co-autor. ¿No sufre de equivocidad la noción de autor cuando se pasa de la escritura a la vida?

2. *Inconclusión narrativa.* Las nociones de comienzo y de fin son diferentes en el plano de la ficción y en el de la vida. En la ficción, ni el comienzo ni el fin son necesariamente los de los acontecimientos narrados. En las ficciones puede haber frases que, haciendo referencia a pasados cuasi-inmemoriales o a futuros indefinidos, sean el comienzo narrativo, al igual que existe una última página que equivalga al fin.

En la vida nada tiene valor de comienzo narrativo: “la memoria se pierde en las brumas de la infancia”, dice Ricœur. “El acto por el que he sido concebido pertenece más a la historia de los demás, en este caso de mis padres, que a mí mismo. Y la muerte sólo será final narrado en el relato de los que me sobrevivan” (*SO*, 162).

3. *Imbricación recíproca de las historias de vida.* Sobre el recorrido conocido de mi vida puedo narrar varias historias, en la medida en que, a cada una, le falta el criterio de la conclusión; en cambio, la novela despliega un mundo en el texto que le es propio, lo cual hace muy difícil relacionar las tramas, inconmensurables, de varias obras. Además, “(...) las historias vividas de unos (en la vida real) se imbrican en las historias de los demás. Episodios enteros de mi vida forman parte de la historia de la vida de los otros, de mis padres, de mis amigos, de mis compañeros de trabajo y de ocio” (*SO*, 163).

4. *Inclusión de los relatos de vida en una dialéctica de rememoración y de anticipación.* En la comprensión de sí, como *mimesis* de acción, pareciera que no es posible sino cubrir la fase ya pasada de la vida y articular las anticipaciones y proyectos de una existencia personal, siguiendo un esquema en el que “la dialéctica entre espacio de experiencia y horizonte de espera pone en relación la selección de los acontecimientos narrados con las anticipaciones propias” (*SO*, 163).

Pero, para Ricœur, estas dificultades se señalan si no se comprende la *aplicación* de la ficción a la vida. Ante estas cuatro dificultades, se nos proponen a su vez algunas respuestas:

1. “Al hacer relato de una vida de la que no soy autor en cuanto a la existencia, me hago su coautor en cuanto al sentido (...). [Todo ello] contribuye a la riqueza de sentido de la noción misma del poder obrar” (SO, 164).

2. Deberá comprenderse que la vida tiene un carácter evasivo y confuso, razón por la cual nos es indispensable la ficción para organizarla retrospectivamente: “En las intrigas que inventamos yo veo el medio privilegiado por el cual reconfiguramos nuestra experiencia temporal confusa, informe y, en el fondo, muda” (TR I, 13). De igual forma, se entiende que es en la intriga donde se configura la experiencia temporal en “comienzos”, “medios” y “fines”.

Pero podríamos agregar otra cosa más: si bien los relatos suponen el nacimiento de cada personaje, el discurso narrativo no necesita mencionar el nacimiento, sino que puede elegir iniciar la historia cuando le convenga. “Por esto la historia es en un cierto sentido el *continuum* de los acontecimientos y presupone el conjunto global de todos los detalles imaginables, vale decir, aquellas que pueden ser proyecciones de las leyes normales del universo físico”². Más aún, el autor de una narración escoge los acontecimientos que considera suficientes y necesarios. Normalmente, el público –en el caso estricto de la literatura, el lector– “está dispuesto a aceptar una línea principal de narración y a colmar las lagunas con las nociones adquiridas por medio de la experiencia ordinaria de vida”³.

Este asunto de los comienzos y fines narrativos está vinculado radicalmente a la reflexión sobre la lucha del ser humano con la experiencia de la temporalidad⁴. Si volvemos a la literatura en su relación con la vida, y viceversa, habrá que afirmar que mediante la ayuda de los comienzos narrativos estabilizamos los comienzos reales constituidos por nuestras iniciativas. Ricoeur anota que el relato “confiere al personaje una iniciativa, es decir, el poder de comenzar una serie de acontecimientos, sin que este comienzo constituya un comienzo absoluto, un comienzo de tiempo, y por otra parte, dando al narrador en cuanto tal el poder de determinar el comienzo, el medio y el fin de la acción” (SO, 146).

También, por medio de tal organización temporal, podemos tener la experiencia, aunque inexacta, de lo que quiere decir “terminar un episodio de la vida real”. Por otra parte, si no podemos narrar nuestra muerte, “¿no tienen –los relatos de la literatura sobre la muerte– la virtud de debilitar el agujón de la angustia frente a la nada desconocida, dándole imaginariamente el contorno de tal o cual muerte, ejemplar por un motivo o por otro?” (SO, 164-165). De este modo, la ficción puede ayudar al aprendizaje de morir, puede servir de consuelo –de manera lúcida, a la manera de la *catarsis* aristotélica–, de medio perspicaz de presidir el duelo de sí mismo.

3. Respecto a la imbricación recíproca de las historias de vida, debe decirse que ésta no es rebelde a la inteligencia narrativa que alimenta la literatura. Más bien se encuentra un modelo de inteligibilidad en el engarce de un relato con otro. Además, cada historia de ficción, al hacer enfrentarse en su seno los diferentes destinos de múltiples protagonistas,

² CHATMAN, Seymour. *Storia e discorso: la struttura narrativa nel romanzo en el film*. Parma, Patriche editrice, 1981; pp. 23 y 27.

³ *Ídem*.

⁴ WHITE, Hayden. “The metaphysics of narrativity: time and symbol en Ricoeur’s philosophy of History”. En: *Paul Ricoeur: Narrative and interpretation*. Londres, Routledge, 1991; pp. 140-159.

ofrece modelos de interacción en los que la imbricación es aclarada por la competición de los programas narrativos (cf. *SO*, 165).

4. La última objeción no tiene en cuenta que sólo en un sentido el relato recoge y ofrece una meditación sobre la parte pasada de nuestra vida (el pasado de narración no es más que el cuasi-presente de la voz narrativa). Pero en el relato existen proyectos, esperas, anticipaciones, mediante los cuales los protagonistas del relato son orientados hacia su futuro mortal: en palabras de Ricœur, sostenemos que “el relato narra el cuidado”.

Coda

Nos enfrentamos a tener que desplazar los discursos *sobre* el hombre hacia el plano del discurso *desde* éste (...) ¿cómo *hacer propio* al discurso sobre el hombre?, ¿cómo superar la disociación entre sujeto y discurso sobre el sujeto? ¿No es acaso la tarea que busca cumplir el lenguaje poético y literario?, ¿no es en esencia la gran tarea incumplida de la pedagogía?

Hugo Zemelman⁵.

Para terminar, quiero dejar sugeridas dos reflexiones en relación con lo dicho en las páginas anteriores:

La *experiencia de lectura*, tal como se propone desde la hermenéutica ricœuriana, no se reduce a un conjunto de métodos de intelección de un texto. Suele tenerse como práctica de enseñanza de la literatura, no poco común en Colombia, hacer que los estudiantes identifiquen, por ejemplo, el argumento, los personajes principales, las relaciones que hay entre ellos, los lugares en los que se desarrolla la trama, el comienzo, nudo y desenlace, etc.; en otros casos, leer literatura implica la revisión del ‘estilo’ del autor puesto en escena en la confección de la trama; en otros –también a guisa de ejemplo–, se propone a los estudiantes que investiguen el contexto (político, económico, cultural, social) en el que surgió la obra, la biografía del autor, el período de la vida que posibilitó la producción del texto, etc.

Ciertamente, cada uno de estos enfoques obedece a modos de entender la lectura del texto literario, que se han sedimentado en la larga tradición de crítica literaria de Occidente y en la configuración de las didácticas de la literatura. Por supuesto, en los límites del presente escrito es imposible desarrollar sistemáticamente una crítica a cada uno de ellos. Lo que cabe dejar planteado es que la *lectura* constituida en *experiencia* implica pasar de considerarla como un proceso únicamente cognitivo, a entenderla como un auténtico espacio de apropiación de la vida.

Asimismo, urge abandonar la idea de que la lectura es necesaria solamente para insertarse con lujo de capacidades en lo que ha dado en llamarse ‘cultura general’. Desde un punto de vista político y pedagógico, se trata de mirar críticamente los trucos del mercado que ponen a los libros como objetos de consumo cuya adquisición –y a veces también lectura– es sinónimo de estatus social en tanto representa aquello que el capitalismo neoliberal ha dado en llamar “capital simbólico”. Así las cosas, pareciera no importar que los sujetos se conviertan en lectores críticos de un mundo que se abre en los textos literarios, ni en lectores transformados por la lectura y asumidos como transformadores de su propio mundo de la vida, sino que puedan tener un tema de conversación en un cóctel, participar en un

⁵ ZEMELMAN, Hugo. *Necesidad de conciencia*. México: Ánthropos, 2002; p. 104.

programa de concurso –en los que se premia con dinero el conocimiento de datos extraordinarios como una competencia– o llenar un crucigrama.

Insistimos: los textos literarios –y en general todos los textos– constituyen una rica tradición que no puede reactivarse críticamente sin la mediación de la lectura; asimismo, el desarrollo de habilidades cognitivas que puede propiciar la lectura es innegable; además, con la lectura se abre la visión del mundo propio y se empiezan a otear múltiples maneras de ser que rompen con la idea de una cultura reducida a la esfera de la vida cotidiana de cada uno. Empero, abandonar el nudo gordiano de la experiencia hermenéutica es deshumanizar la lectura.

Referencias bibliográficas

RICŒUR, Paul. *Del texto a la acción. Ensayos sobre hermenéutica II*. Traducción de Pablo Corona. México: FCE, 2002. Citado: *DTA*.

RICŒUR, Paul. *Soi-même comme un autre*. Paris, Seuil, 1990. Traducción castellana de Agustín Neira. *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI, 1996. Citado: *SO*.

RICŒUR, Paul. *Temps et récit*. París: Seuil, 1983. Traducción castellana de Agustín Neira. Madrid: Cristiandad, 1987; 2 vols. México, Siglo XXI, 1996). Citado: *TR*.

CHATMAN, Seymour. *Storia e discorso: la struttura narrativa nel romanzo en el film*. Parma: Patriche editrice, 1981.

PRESAS, Mario. “La verdad de la ficción: estudio sobre las últimas obras de Paul Ricœur”. En: *Revista latinoamericana de Filosofía*. XIV (2) 98; pp. 219-228.

WHITE, Hayden. *The metaphysics of narrativity: time and symbol en Ricœur’s philosophy of History*. En: *Paul Ricœur: Narrative and interpretation*. Londres, Routledge, 1991.